

LAS JUANAS DE LA REVOLUCION. EL PAPEL DE LAS MUJERES Y LOS NIÑOS EN LA GUERRA DE LOS MIL DIAS

CARLOS EDUARDO JARAMILLO CASTILLO

INTRODUCCION

Si en términos generales podemos decir que la historiografía nacional ha sido avara con las mujeres, ignorándolas o relegándolas a papeles secundarios, en el caso de las guerras civiles la situación es aún más aberrante, allí, sencillamente, las páginas han permanecido en blanco.

Hecha la excepción de las luchas independentistas en las que existe un reducido aunque claro interés por destacar el papel de la mujer patriota, el resto de los múltiples episodios militares que ha vivido la república se han analizado y descrito haciendo caso omiso de ellas. A tal punto se ha llegado en esta actitud que, después de una revisión bibliográfica, la sensación que queda en el investigador es la de que las mujeres colombianas, mientras la república convulsiona y sus hombres se dedican a despedazarse entre sí, ellas están dedicadas, todas, a menesteres ajenos y distantes de aquellos que se cumplen en los campos de batalla. Y en este sentido la Guerra de los Mil Días, el más sangriento y prolongado conflicto civil de nuestro siglo XIX, no es propiamente la excepción de esta regla que ha decidido poner a las mujeres en la banca de atrás de nuestra historia.

Un solo autor (1), dentro de la innumerable cantidad de memorias, estudios y documentos con que contamos sobre este conflicto, ha

1. Carlos Chaparro Moncó es muy seguramente el autor que con más dedicación buscó rescatar hechos y nombres de mujeres durante el conflicto que nos ocupa.

tratado, de manera conciente, de hacer justicia a las mujeres. De resto, desde los contemporáneos al conflicto hasta los modernos investigadores, se han limitado a realizar modestas y marginales observaciones sobre las mismas, pasando por encima de su memoria y haciendo de la guerra una actividad privativa de los hombres.

El estudio detenido de la documentación existente, combinado con el método de la entrevista, nos ha mostrado que la realidad es otra, y que en esta guerra las mujeres jugaron un papel casi tan importante como el de los hombres.

Lo poco que nuestra historiografía ha conservado sobre las mujeres, se reduce casi que a aquellas cobijadas bajo el popular calificativo de las *juanas*, las *cholas* o las *rabonas*, con que normalmente se ha designado a las mujeres que por múltiples razones marcharon junto con las fuerzas en operación. Las otras, las que no tomaron el fusil, las que no siguieron a sus hombres, las que por mil razones no hicieron parte de las tropas en campaña, han sido casi que absolutamente ignoradas.

Después de revisar lo que investigadores, narradores y relatores de la guerra han consignado con respecto a la mujer, creemos que la ignorancia de unas y el reconocimiento parcial del papel jugado por otras, merece un estudio más detallado que ayude a disipar la bruma que caracteriza este nebuloso período de nuestra historia. Un aporte modesto en este sentido es el que creemos poder realizar con este breve estudio.

LAS MUJERES

Contrario a lo que se deriva de lo publicado hasta el presente sobre la participación de la mujer en la guerra que nos ocupa, podemos decir que éstas no sólo fueron parte esencial de la estructura logística de la guerrilla, y aún de los ejércitos regulares, sino que prestaron valiosos servicios como combatientes. A tal punto llegó la vinculación de las mujeres a la guerra que no creemos equivocarnos al afirmar que no hubo ni madre, ni esposa, ni amante o compañera de combatiente que no hiciera acto de presencia en el conflicto.

Los motivos que las indujeron a su participación directa son variados, y aunque van desde la pasión política y el afán de lucro, hasta los caprichos del amor y el apego a la aventura, han sido estas dos últimas las razones más destacadas y las que mayor número de mujeres arrastraron a los campos de batalla.

Un Soldado en Campaña, Recuerdos de la Guerra 1899-1902 Tunja, Imp. Deptal. 1936.

La situación de conflicto y desorden social unida a la vida de los campamentos, donde las normas comunes del comportamiento se veían seriamente mediatizadas, y donde el existir se convertía en un quehacer diario en el que no cabían espacios para pensar en el mañana, fueron abonando terreno donde germinaron pasiones intensas y efímeras que hicieron del corazón una importante razón de la militancia femenina.

La cultura popular tomó a los guerrilleros para convertirlos en leyenda donde el hombre se hacía mito, despertando en las mujeres enconadas pasiones que se magnificaban con los triunfos; tal fue el caso de Tulio Varón y sus compañeros quienes recogieron una próspera cosecha de corazones después de los brutales asaltos del *Hotel Mi Casa* y *La Rusia*, donde los guerrilleros del *Conto* llevaron los machetes a su más tenebrosa magnificencia.

La Sangre y la leyenda unidas desataron una verdadera apoteosis del fervor femenino por los luchadores, de la cual fueron los oficiales quienes recibieron las cuotas más altas de cariño. De este fenómeno, que en muchos casos adquirió el carácter de pasión colectiva, queda aún viviendo en la memoria popular del Tolima el recuerdo del coronel Vidal Acosta, quien a su valor temerario sumó su varonil figura y sus dotes de cantor y de tiplero, tal y como lo testimonian los versos de Darío Samper cuando dicen:

“Aunque está Tulio Varón,
que es el mejor capitán.
Aquí está Vidal Acosta,
el más valiente y galán,
y Elí Villanueva lleva
la bandera libera...” (Samper, 1936:12)

“Oían el canto y veían a Vidal Acosta
con su tiple brillante coronado de cintas rojas.

Estaba cantando cerca de la hoguera,
y las sombras rápidas cruzaban el rostro
como una malla de relámpagos de oro” (Ibid: 15).

Como estos versos que la imprenta le robó al olvido, fueron muchos con los que se describió y glorificó la lucha guerrillera y los hombres que la atizaron. Versos que junto con canciones y leyendas en no poco contribuyeron a incentivar la participación femenina, que como un imán las llevó a sus campamentos o las puso al lado de sus banderas.

Dos son los ejes principales sobre los cuales se desarrolló la participación femenina en la guerra: Como elementos de apoyo logístico, cumpliendo las más variadas empresas, que iban desde las acciones emprendidas en la ciudad por las damas de la sociedad, hasta las labores de la retaguardia donde las mujeres humildes curaban, cocinaban, lavaban y surtían a las fuerzas con las mercancías de sus magros comercios al detal donde se combinaba la miscelánea con las ventas de chicha, guarapo y licores destilados; y como combatientes, unas veces circunstancialmente impulsadas por el dolor del compañero muerto, y otras formando como oficiales y soldados de una fuerza operativa.

El papel de amantes que tantas mujeres llevara al conflicto, es indisoluble de las dos actividades principales jugadas por ellas, al punto de constituirse en un elemento normalmente presente y entremezclado con todas las acciones de éstas, sin que podamos, por tanto, tratarlo como un fenómeno propio y particularizable.

Hecha la precisión anterior, pasemos a ver con algo de detalle las características de las dos modalidades principales de la participación femenina.

A. Como elemento de apoyo logístico

Por más que la logística sea considerada por los teóricos militares como un trabajo esencial, sin el cual los ejércitos están destinados a la derrota, es esta una labor difícil que se torna más pesada aún cuando han de cumplirla civiles en apoyo de fuerzas enfrentadas al gobierno, tal y como fue el caso de los liberales, y en especial de sus mujeres que fue sobre quienes recayó gran parte de esta responsabilidad. Entre las varias labores que en este campo se cumplieron podemos destacar.

a. *Como mensajeras e informadoras.* Si las comunicaciones eran difíciles antes de la guerra por la precariedad de las vías y los medios existentes, una vez declarada ésta, la situación se tornó crítica haciéndose decisiva para todas las fuerzas enfrentadas, la constitución de eficientes redes de recolección y transmisión de informaciones.

La concepción caballeresca y discriminatoria que para con la mujer existía en la época, y que se reflejaba en un especial respeto para con ellas, indujo a que los contendientes se apoyaran en éstas para, en algunos casos, convertirlas en hábiles instrumentos del espionaje y el transporte de elementos (2).

2. Con referencia a este tratamiento respetuoso que se le dió a la mujer en la guerra tenemos que, en comparación con los conflictos que ha vivido la república

Al declararse la guerra el liberalismo debió constituir su propio sistema de correos, en el cual las mujeres fueron decisivas, llegándolo a hacer no sólo altamente eficiente sino complejo. Ejemplo de ello puede ser el sistema que ligó a las ciudades de Bogotá, Honda, Girardot, Ambalema, Espinal e Ibagué, sistema que se basó en postas femeninas que ni siquiera en lo más agudo de la guerra dejó de operar.

Junto con la conducción de mensajes, para lo cual las mujeres se ingeniaron todas las argucias posibles, éstas sirvieron como informadoras y espías, llegando en ello a integrar redes de consideración. En esta utilización de las mujeres como elementos para la inteligencia militar, los liberales se vieron competidos en eficiencia por los conservadores, así es como, de la acción de estas últimas ha quedado el recuerdo de la red de espionaje formada por la matrona conservadora de Santa Marta, doña Margarita Barros, para cuya desarticulación el liberalismo debió actuar con especial dedicación (Valdeblanquez, 1964: 42). Igualmente tenemos el ejemplo de la señora Abelarda Alfaro, quien tuvo al mando gobiernista al tanto de todos los movimientos del general Teodoro Pedroza, durante la época en que este se tornó más activo (Carta de Moisés Herrera a Minguerra, Girardot 17.IX.1900. AMD caja 51). Sobre esta eficacia, en el caso liberal, los testimonios tampoco son escasos, válganos como ejemplo los de Eva Lezama y Emilia Leonel, que fueron los ojos y oídos de los guerrilleros de Doima y el llano del Combeima (Declaración de presos, Ibagué, enero de 1902. AHI, Caja 337, folios 14 a 55).

El servir de informadoras fue una labor tan frecuente entre las mujeres liberales que, en algunas oportunidades, el gobierno optó por aplicar medidas extremas como aconteció en los extensos territorios de las haciendas de *Colombia*, *El Paraiso*, el *Verdal* y el *Llano del Limonar*, en el Tolima, donde el general Juan Aguilar resolvió tomar prisioneras a todas las mujeres, como último recurso para tratar de sorprender a las fuerzas de Tulio Varón, yugulando su principal fuente de información (París, 1982: 86) (3).

en el presente siglo, donde esta ha sentido el embate de la violencia con la misma fuerza que los hombres y los niños, siendo víctima de crueldades inauditas donde la sevicia y la demencia parecen haber llegado a límites insospechados. En la Guerra de los Mil Días los asesinatos de mujeres fuera de combate se mantuvieron dentro de las tasas normales de los tiempos de paz y las violaciones fueron escasas. Sobre las violaciones ambos bandos difundieron historias negras sobre de sus contrarios, pero estas respondían más a una campaña de desprestigios que a la generalización de un procedimiento. En el normal de los casos a las mujeres se les trataba con deferencia, aunque hubo casos en que se les daba "muendas", y se les sometía a otros castigos, su frecuencia no los hizo comunes.

3. Sobre decir que el esfuerzo hecho por el general Aguilar, también conocido por el apelativo de "General Chicha" por ser propietario de una chichería en la ciudad